




# LA ETERNIDAD

# DE EL JULI

POR ROCIO WESTENDORP - FOTOS: RALF PASCUAL

A JULIÁN LÓPEZ ESCOBAR LE GUSTAN LOS ANIMALES. ES HINCHA DEL ATLÉTICO DE MADRID. HACE DIETA. LE GUSTA LA VERDAD Y ADORA SU ENTORNO: "ESO QUE ES LA VIDA DIARIA". TIENE 32 AÑOS Y LLEVA MÁS DE MEDIA VIDA TOREANDO EN EL MÁS ALTO NIVEL IMAGINABLE. ACABA DE PASAR LA INCREÍBLE CIFRA DE 1.500 CORRIDAS, DE LAS CUALES HA SALIDO EN HOMBROS -POR LA PUERTA GRANDE- EN MÁS DE 700 OCASIONES. ES LA ÚLTIMA GRAN REVELACIÓN DE LA TAUROMAQUIA A LA ANTIGUA USANZA. HA TOREADO MÁS QUE NADIE, HA COBRADO MÁS QUE NADIE Y HA LLENADO MÁS PLAZAS DE TOROS QUE NADIE. CATORCE CORNADAS DIBUJAN EL DRAMÁTICO MAPA DE SU PROFESIÓN EN DIFERENTES PARTES DE SU CUERPO. SU OBSESIÓN: SER EL ETERNO NÚMERO UNO DE LA TAUROMAQUIA MUNDIAL. ES EL JULI, UN AUTÉNTICO FENÓMENO DE LA FIESTA BRAVA, QUE DEFIENDE, LITERALMENTE, A CAPA Y ESPADA.



**“YO TENGO TRES HIJOS, SON UNOS NIÑOS FENOMENALES QUE VIVEN CON NATURALIDAD EL MUNDO DEL TOREO COMO YO LO HICE, Y A MÍ NO ME HA CAUSADO NINGÚN TRAUMA, SINO TODO LO CONTRARIO. ME HA ENSEÑADO UNA ÉTICA, UNOS VALORES, UNA FORMA DE VIDA QUE SE LA VOY A TRANSMITIR A TODA LA GENTE”.**

**E**stamos en El Freixo, una finca de 1.000 hectáreas cerca de Olivenza, en la provincia de Badajoz. Un remanso de quietud, con caballos y ganado bravo y manso que pasta tranquilamente en el campo. De un camión, vestido con ropa de faena -botas altas, chaqueta y “bufa” negra-, se baja Julián López Escobar. “Tardo cinco minutos en ducharme”, nos dice El Juli.

En el *hall* de entrada de este cortijo que le compró al matador Paco Ojea, cuelgan seis cabezas de toros. Son de seis corridas de las 85 en las que cortó rabos -el máximo trofeo para un torero- en las plazas de México, Colombia y España. También cuelgan dos carteles originales de Joselito El Gallo, un revolucionario en su tiempo, cuya tauromaquia se ha comparado con la de El Juli. Con el toreo en la cabeza desde niños, ambos fueron los toreros de masas más clásicos que se han llegado a conocer.

“Son un regalo de la boda”, señala El Juli, quien en un abrir de ojos ha vuelto vestido como un *gentleman*. En 2007 se casó con Rosario Domecq, descendiente de uno de los grandes imperios jerezanos de España. “Llevo una vida muy tranquila. Entreno y luego como con mi familia. Por las tardes intento hacer cosas con ellos y poco más. Ir al cine, cenar con amigos, montar a caballo. La verdad es que mi vida es maravillosa”.

Se la ha ganado a pulso. La historia de Julián López Escobar es la de un niño del barrio humilde de San Blas de Madrid obsesionado con ser torero. A los ocho años ya había matado a un becerro. Entonces le pidió a su padre, un novillero retirado, ingresar en la Escuela de Tauromaquia. “Llamaba la atención porque era muy pequeño. Bueno, no soy muy alto, pero en esa época era incluso torpe de piernas, me caía mucho, y sorprendía que evolucionara tan rápidamente a la hora de torear becerras”.

A Julián le brillan los ojos intensamente cuando habla de toros. A veces lo hace en segunda persona. Tiene una cornada en la cara que llaman de “espejo”. La historia de El Juli es la de la entrega total. La de un padre que empeña todos sus ahorros conseguidos en la tienda de bordados para que su hijo sea torero. “Congéalo”, le dijo el matador Curro Vázquez a su padre cuando el niño tenía 12 años. “Ya no puede aprender más”.

Con 14 años, consiguió en la Monumental Plaza de México el indulto (galardón supremo) al novillo Feligrés. Antes de llegar a Madrid, ya se habían vendido

todos los billetes en Las Ventas. “¡Que viene El Juli!”, anunciaba la prensa. “El Mozart del toreo”.

Con 15 años se convirtió en el torero de la alternativa -cuando un novillero alcanza el grado superior de su profesión- más joven de la historia. Así comenzó una carrera meteórica: en los años 2000 y 2002 fue el mejor torero de las temporadas. Y así se hizo ídolo en España, Francia, Portugal, México, Perú, Colombia, Ecuador y Venezuela.

El Juli revolucionó la suerte del capote: rescató del pasado 30 tipos de pases, inventándose dos en honor a sus padres: las “lopecinas” y las “escobinas”. De la suerte de la muleta -el trapo rojo que utiliza el torero antes de entrar a matar- destacó en la verónica. “Tiene el temple de llevar la muleta a milímetros de los pitones”, dice su hermano Ignacio.

Esta es la historia de un prodigio que conservó la cabeza cuando todo era éxito. Regalando el alma cada tarde, y sin pausa, en 2003 decidió hacer un toreo más hondo, ese que llaman de raza y que tiene que ver con el pundonor, crecerse en el castigo y no darse por vencido. Se negó a banderillar y resolvió torear menos. Sus honorarios batieron todos los récords y los empresarios empezaron a vetarlo en las ferias más importantes.

Esta la leyenda de un matador que se enfrentó al establecimiento taurino, junto a un grupo de toreros que reivindicaba un mayor control de sus carreras y, entre otras cosas, pedía negociar sus derechos de imagen. “Creo que el exceso no es bueno, que hay corridas que no se deberían televisar, pero desgraciadamente los toreros no manejamos ni quién ni cómo se retransmiten las corridas de toros”, dice.

Sus enemigos pensaron que encabezaba la revolución, que era una cuestión de dinero. Entonces lo castigaron en las plazas principales y en 2012 no pudo torear en ninguna.

En El Freixo continuó perfeccionando su tauromaquia, despojándola de todo lo que no siente. En 2013 volvió a torear en Sevilla, triunfo y, de paso, sufrió la cogida más grave de su vida. Se volcó, como siempre, al campo, donde por años ha criado ganado bravo. “Es una de las cosas que siempre defiendo ante la gente que quiere prohibir las corridas de toros: acabar con las corridas es acabar con toda una especie”. Hoy se dedica a la promoción de los valores del universo taurino: crea su propia fundación, la

Escuela de Tauromaquia de Arganda, un programa de televisión para niños.

Y el mito continúa. “En una plaza, con los ojos cerrados, solo por el ruido y el sonido de los oles uno sabe que está toreando El Juli”, decía un apoderado. “He conseguido todo lo que soñaba en cuestión de hitos. No necesito nada. Pero sí necesito desarrollar mi tauromaquia. Necesito expresarme, emocionarme, emocionar al público. Con el paso del tiempo te sientes más artista. Ahora no toreo donde no quiero, me puedo equivocar, pero toreo donde quiero y como quiero, y más o menos desarrollo mi tauromaquia con libertad”.

Esta es la fábula de alguien obsesionado con su vocación. De un joven que ya perdió la cara de niño y que busca siempre superarse. Este es el relato de un número uno. De un enfermo del toreo que, en noviembre pasado, viajó a Bogotá para protestar junto con renombradas figuras del toreo mundial contra la decisión del alcalde Gustavo Petro de acabar con las corridas, con la que, en junio de 2012, rescindió el contrato de arrendamiento de la plaza de toros la Santamaría con la empresa organizadora de las corridas.

Muerte, derechos de los animales, espectáculo... Corren malos tiempos para la fiesta brava. Pero si hay algo que está claro es que, como escribió Hemingway: “El arte de los toros es un arte ligado a la muerte, y la muerte lo barre todo”.

Habla Julián López Escobar, “El Juli”.

**La leyenda dice que a los cuatro años llevaba usted en la mochila un pequeño capote...**

Igual que los niños llevan su juguete, el balón de fútbol, a mí me gustaba el capote y donde me dejaban me ponía a torear. Mi ilusión siempre fue ser torero y todo lo intentaba trasladar a lo que a mí me gustaba y lo que yo sentía: torear.

**Su amigo Polo hizo de toro mientras pedaleaba en la bicicleta. ¿Qué recuerdos tiene del capote toreabicis?**

En el barrio se fue haciendo la gracia que quería ser torero. Me ponía a torear, llegaban clientes del bar y me dejaban unas monedillas como se hacía en las antiguas capeas. Pero me valía de una bici o de cualquier elemento para dirigir las cosas a lo que yo quería, que era ser torero. El plan divertido con mi familia consistía en ir a los toros los domingos en Madrid y para mí era el día grande de la semana.



FOTOS ARCHIVO PARTICULAR

**¿Qué sintió a los ocho años cuando toreó su primera becerra?**

En mi primera comunión hicieron una fiesta campera en la que se toreaban becerras pequeñitas. Como todos los familiares eran aficionados, salían las mujeres, los padres y daban unos mulatazos. Y yo decidí que quería salir. Le pegué un capotazo a una becerra y la verdad es que sentí algo que al día de hoy no sé explicar. Cuando pasó la becerra delante de mí, me pasó algo por el cuerpo distinto, algo especial. Entonces surgió la inquietud de que quiero más. Me inscribí en la escuela taurina, empecé a entrenar y a aprender a torear.

**¿A usted lo perseguía la Guardia Civil?**

Cuando empecé a torear novilladas, la ley no permitía que un menor torear. Medio se iba llevando, yo no entendía muy bien cómo. Cuando estaba en la plaza, llegaba la Guardia Civil y teníamos que correr por los pueblos y escaparnos. Llegó un momento en que aquello era insostenible. Es una pena que en pleno desarrollo artístico un niño se vea coartado. Es como si sale un pianista y no le dejan tocar el piano. Era una frustración muy grande. Yo no entendía nada. Me decían: “Julián corre que nos tenemos que ir!”. “Pero si no he hecho nada, ¡y encima he cortado dos orejas!” [Risas].

**Su padre le planteó un dilema: “¿O nos quedamos aquí, y sigues toreando becerros, o nos vamos para México...?”**

Ha sido el paso más difícil de mi carrera. Yo iba avanzando pero, por las leyes de trabajo, en España un menor de 16 años no puede trabajar. Entonces me prohibieron torear. Artísticamente yo estaba creciendo y seguir con los becerros era dar un paso atrás. A través de unos contactos surgió la posibilidad de irnos a México. Tenía 14 años y separarme de mi madre y de mis hermanos era muy duro. Para mí fue esencial el apoyo de Armando, mi mozo de espadas de toda la vida, y el de mi padre. Nos fuimos allí a la aventura y resultó ser como el guion de una película. Nos fuimos con una novillada contratada y, paso a paso, llegamos a la plaza de México, la más grande del mundo y tuve un triunfo muy importante al indultar a un novillo, a Feligrés. Fue como una explosión.

**Al principio solo tenía dos contratos. Compartía habitación en el hostel con Armando y su padre. ¿Recuerda haber querido llorar?**

Sí, hubo momentos duros. Echaba de menos a mi madre, a mis hermanos, el ambiente familiar. La desesperación de estar allí tanto tiempo. Te creas una película en la cabeza. Pasaban los días y seguía sin torear; iba por la mañana y por la tarde a entrenar.

Sentía un enorme vacío. Fue cuando empecé a darme cuenta de que en el toreo hay una parte de sacrificio muy importante. El apoyo de Armando y de mi padre fue vital. No era un ambiente cómodo, vivíamos en sitios complicados, regulares. Fue la época más difícil de mi niñez, pero me forjó en muchos valores. Yo creo que en gran parte amo tanto esta profesión por lo que sufrí en esos momentos.

**¿Y allí nacieron las “escobinas”?**

Eran tantas horas las que entrenaba que de la monotonía hacía cosas nuevas. Ahí me salieron los quites; uno inspirado en un torero mexicano y otro que se me ocurrió. Les puse mis apellidos en honor a mis padres. Aprendí mucho de México; hay una gran variedad de pases con el capote. Tuve la suerte de conocer a los grandes maestros, como el Calesero, que era un torero muy artista.

**¿Recuerda la primera vez que toreó en Colombia?**

Fue en Cali. Fue de novillero y lo recuerdo con muchísimo cariño porque estaba José Tomás, El Tato y Vicente Barrera. Yo estaba en el mismo hotel conviviendo con ellos. Recuerdo estar con los toreros por ahí. Era impactante ver a tus ídolos..., como si un niño pudiera estar con Messi y Ronaldo en el mismo hotel.

**¿Qué diferencias ve entre el público colombiano y el español?**

La gente en Colombia tiene una medida perfecta entre la pasión, el conocimiento y la exigencia. Es un público que exige lo que quiere ver y sabe perfectamente lo que está bien y mal hecho. Se entrega mucho más que en España donde la gente es más reservada y espera más. Va un poco con la forma de ser: en Colombia hay mucha pasión y la gente es muy alegre, tiene muchas ganas de disfrutar. Tiene un gran respeto a los toreros, basado en épocas anteriores. En Colombia puede llegar alguien desconocido y se entregan a él ciento por ciento.

**En 1998, a su llegada a España, tenía 16 años. ¿Cómo conservó la cabeza? ¿Cómo hizo para seguir centrado?**

Gracias a mi familia, la verdad. En mi casa aprendí unos valores que me han hecho estar en mi sitio, sobre todo en aquellos momentos que sucedían cosas difíciles de asimilar. Tengo la gran virtud de que no me han interesado demasiado. No soy una persona caprichosa, vanidosa o ególatra. Con 16 años la gente me reconocía por la calle y todo eran grandes fiestas y triunfos. A mí eso no me llenaba. No me llamaba la atención. Me llamaba la atención lo que conseguía en la plaza, lo que quería ser como torero. Eso fue una suerte, nunca me dejé ir por ese camino

que era muy confuso, que traía cosas difíciles para un niño tan joven. A mi edad, me manejo mejor en todos los ambientes. En aquella época me manejaba mejor en el ambiente de mi familia y todo lo externo que trae esta profesión no me llamaba la atención.

**Vi unas cabezas de toro en su hall de entrada. ¿Qué recuerdos tiene de Afanes (Madrid, 1998)?**

Fue mi presentación en Madrid como novillero. Es el día que más responsabilidad he sentido en mi carrera de novillero. Maté seis novillos yo solo. Se llenó; había un cartel de “no hay billetes”. Le corté las dos orejas al quinto novillo. Fue la consolidación de lo que había hecho, ya había triunfado en todas las plazas de España. Conseguí lo que yo quería, que era salir en hombros por la puerta de Madrid.

**¿Y de Endiosado (Nîmes, 1998)?**

Endiosado fue el primer toro de mi vida. Fue un poco como el kilómetro 0, como decían en una crónica. De ahí partía toda mi vida y fue el que me subió de escalón. Pasé de hablar con novilleros a hablar con maestros. Es un paso muy difícil, es como el doctorado, que se pasa de ser estudiante a ser profesor.

**“Elevándole del mulso como un muñeco, desgranándole el muslo”, escribía su hermano Ignacio, en su biografía *El Juli sin comillas*. ¿Era consciente de que se jugaba la vida con Anglo (Madrid, 2001)?**

Sí, ese es un toro que me ha dado categoría. Con ese toro me jugué la vida, tiré la moneda, como nosotros decimos. Yo sabía que había grandes posibilidades de ganar, pero también de que el toro me hiriera. Y el toro me hirió. Esa faena tuvo mucho reconocimiento porque pisar el terreno que pisó ese día ha sido muy difícil. De hecho, reconozco que en ese nivel he podido estar 15 o 20 días en mi vida. Y llevo más de 1.500 corridas de toros. Esa entrega absoluta da reconocimiento, pero es muy difícil.

**Melonero (Bilbao, 2001) le raja el labio superior y con el labio roto hasta parte de la nariz, termina la faena y le dice a su padre: “Mira, papá, he cortado dos orejas en Bilbao”.**

Sí, esa es otra cornada en Bilbao, pero con ese toro pude acabar la lidia y le corté las dos orejas. Tiene el dolor de la cornada, pero te da la satisfacción del triunfo. Eso hace que el dolor sea mucho menos.

**¿No se siente el dolor con la adrenalina?**

Cada cornada es distinta. Hay veces que en el momento no te das ni cuenta, sientes temor, o te duele, pero es verdad que la adrenalina hace mucho. Hay cornadas que asustan. Con la última cornada que



“CON LA ÚLTIMA CORNADA QUE TUVE EN SEVILLA, SINCERAMENTE, CREÍ QUE ME MORÍA. Y ESA SENSACIÓN ES DISTINTA. ESA SENSACIÓN SE QUEDA MUCHO MÁS ADENTRO, Y DUELE MÁS PORQUE LA TIENES PRESENTE”.



tuve en Sevilla, sinceramente, creí que me moría. Y esa sensación es distinta. Esa sensación se queda mucho más adentro, y duele más porque la tienes presente. Cuando en tu cabeza sientes que te puedes morir de verdad y necesitas que te salven, resulta más fuerte. De hecho es la cornada que más me ha costado superar.

**En Sevilla, tras sufrir la cornada cerca de la ferial, lo llevaron al hospital y usted dijo: “que sea grave, por favor”. ¿Hay cornadas que dan categoría?**

Sí, hay cornadas que dan categoría. Es una parte dura de la fiesta. Pero el riesgo de morir hace que el toreo sea un arte distinto. Si los toreros no nos jugaron la vida, sería otro espectáculo. El toreo es lo que es porque te juegas la vida delante de un toro, él te quiere herir y tú, con tu cabeza, tu experiencia y con tu arte, tienes que esquivarlo y, además, crear arte. Pero tiene un riesgo. Cuanto más riesgo, más emoción. Pero hay veces que gana el toro.

**En la Corrida de la Prensa (Madrid, 2003), al principio tenía al público en contra. ¿Cómo es torear con la plaza en contra?**

La verdad es que el público tiene un papel mucho más importante de lo que muchas veces se cree. Si el público supiera lo que nos ayuda a dar más de nosotros mismos, cuando sentimos repercusión en lo que hacemos, la gente estaría mucho mejor. Cuando el torero llega a una plaza y encuentra a la afición con ganas de toros, que se le están reconociendo las cosas, se arrima más porque siente una responsabilidad mayor.

**A medida que le iban cerrando plazas, su toreo se hizo errático, se dejaba coger...**

Cambió mi vida. Todas las temporadas empezaba todas las ferias y era el eje de las ferias más importantes, como Castellón, Valencia, Sevilla, Madrid. Después de 14 años siendo el eje de todas, aguantando el peso, porque los toreros iban cambiando, pero yo siempre estaba, de repente todas las empresas me dieron la espalda. Decidieron abortarme, cortarme las alas. Fue una situación complicada. En esos momentos me di cuenta de que lo importante de ser torero no es sostener el negocio, sino artísticamente aportarles cosas a la tauromaquia y eso enriquece el negocio. Entonces me dediqué a pensar en mi tauromaquia, a sentirme, a expresarme. Y como toreaba mucho menos, cada vez que lo hacía, tenía muchas más cosas que transmitir. Mi toreo se volvió más intenso: antes entrenaba para ponerme fuerte y ahora me preparaba para un momento, para una corrida. Era todo mucho más intenso y saqué conclusiones importantes. El toreo es un espectáculo más grande que cotidiano. Los toreros tenemos la responsabilidad, cada vez que salimos a la plaza, de hacer algo importante. O por lo menos intentarlo.

**¿Se ha llegado a sentir como el título de la canción que le inspiró al grupo La Oreja de Van Gogh, “Muñeca de trapo”?**

Sí, porque el negocio taurino va por un lado y el toreo por otro. Entonces, de repente te ves que toreas un día, y otro y otro. Piensas: “Me estoy jugando la vida. Yo no puedo torear 200 días al año como quiero hacerlo. Porque no puedo”. Para torear necesito una

motivación, una concentración, una preparación. No puedo tomarme esta profesión como si fuera un trabajo. Porque no es así.

**Con Cantapájaros (Madrid, 2007) empieza su consolidación del toreo que quería hacer, con raza, como dicen los entendidos...**

Empieza con Desván (Madrid, 2004) y con Cantapájaros es la consolidación, me dio la puerta grande por la vía del torero que estaba trabajando. Un tipo de aficionado que a mí no me valoraba, que me tenía como un torero poco profundo, en esa transición de tres años se consolidó con Cantapájaros.

**Con el primer pase que le dio, ¿ya intuía como iba a ser la corrida?**

Lo sentí. Las cuestiones de sentimientos son difíciles de explicar. Pero los toros te transmiten una serie de cosas que o las captas o no. Le pegué un capotazo y supe que iba a ser el toro de mi vida. Por la forma de embestir, de colocarse intuía la faena y me dejé llevar por la pasión, la sentí, la expresé y la hice. Yo me imagino que debe de ser como los pintores, los músicos..., hacen algo y sienten que es precisamente eso. Hay un guitarrista que me decía que cuando tocaba sentía la paz de ser una buena persona. Cuando toreas, sientes lo que quieres ser. Como en la vida cuando haces algo correcto, te sientes pleno, orgulloso de ti. Sientes lo que quieres ser.

**Se le tiene que olvidar que tiene hijos y todos esos vínculos con las personas que más quiere...**

Una de las cosas que saben los que ejercemos esta profesión es que corres el riesgo de morir. Lo sabes tú y lo tiene que saber toda tu familia. No se puede torear pensando en un hijo o una mujer, porque sabes que los puedes perder, y si vienen otros pensamientos, ya no te estás entregando al ciento por ciento. Cuando te vistes de torero, tienes que estar dispuesto a perder tu vida. Otra cosa es que hay muchas facetas en la vida que te ayudan a ser feliz, a estar tranquilo y entonces lo que haces toreado es transmitirlos. Hay una frase que dice “Se torea como se es”. Y yo creo que también como se está porque cuando estás feliz expresas más las cosas, porque los toreros somos artistas y si se siente felicidad se torea mejor.

**Se dice que el traje de luces es transparente. ¿El toro capta su estado anímico?**

Total. El toro el que más y el público, igual. Muchas veces nos obsesionamos con los aficionados, con la gente que sabe y con la técnica. Y en realidad, cuando un torero se entrega, el toro le embiste y la gente se entrega a él. Es algo mágico. La gente no sabe por qué y el torero tampoco. Surge y es la grandeza del toreo. Hay toreros que no son grandes figuras, pero han creado obras históricas, porque en un día, en ese momento, se entregaron y el público las captó, se emocionó. Para mí esa es la base del toreo: la emoción. La técnica sirve para torear, pero lo que causa admiración, el verdadero significado del toreo es la emoción.

**¿Qué no hubiera hecho?**

Mejor decir qué hubiera hecho: hubiera luchado por muchas cosas más que son beneficiosas para el toreo. Porque a mí lo que más me duele es que el toreo no está donde tiene que estar en la sociedad. Inde-

pendientemente de toros, sí o no, que se trata de otro debate, el torero es un héroe, un personaje que se juega la vida en vivo delante del público y que está dispuesto a morir por una vocación. Hay deportes arriesgados, pero a conciencia, en un espacio de tiempo delante de mucha gente... ¿Quién está dispuesto a morir por una vocación? Me parece algo increíble. De cara a la sociedad, la imagen de torero se ha quedado orillada, no está suficientemente valorado.

**¿Cree que uno de los fallos es no saber transmitir los valores del toreo?**

Hay una imagen en la sociedad sobre el toreo que me duele especialmente porque no me parece real. Es la que considera que los toros son un espectáculo violento para los niños. Yo tengo tres hijos, son unos niños fenomenales que viven con naturalidad el mundo del toreo como yo lo hice, y a mí no me ha causado ningún trauma, sino todo lo contrario. Me ha enseñado una ética, unos valores, una forma de vida que se la voy a transmitir a toda la gente. Los jóvenes no tienen una preparación para entender el toreo. Y me parece básico porque forma parte de la cultura de España y del mundo taurino. Independiente de que te guste o no, es como la religión, te la tienen que inculcar, tienes que saber lo que significa y luego la libertad de decidir si te gusta o no.

**Se asocia con el franquismo, con la élite...**

Se asocia con muchas cosas..., pero ninguna es correcta. El toreo es del pueblo, de la gente, del que quiera ir, del que le guste, del que se emocione viendo torear, del que tenga esa vocación. El toreo no es de nadie, es de la gente, no es de derechas ni de izquierdas, es del que le gusta. Es el espectáculo más democrático que hay. La gente va y después pide la oreja o pita. Pero es de ellos, es del pueblo.

**En noviembre estuvo en Bogotá. ¿Cuál es su opinión de la actitud del alcalde Petro con respecto a los toros?**

Siento indignación. Yo nunca voy a debatir que a alguien no le gusten los toros. Es absurdo. Es como discutir sobre si te gustan los Beatles. O te gustan o no. Tomar una decisión tan fuerte como prohibir las corridas de toros en una ciudad tan importante como Bogotá -una actividad que crea puestos de trabajo, donde hay ganaderías que están criando toros, que ha dejado a gente sin trabajo por una decisión unilateral-, no me parece que sea la posición correcta de ningún político. Creo en la libertad por encima de todo y hay mucha gente que no puede desarrollar su profesión ni ir a los toros por un político. Y eso nunca me va a parecer correcto. Hay muchas ciudades del mundo en que no hay toros y no pasa nada, nadie lo va a exigir. Pero que no nos quiten lo que es nuestro.

**¿Qué opina de que los toros vuelvan a Bogotá?**

La vuelta de la tauromaquia a la Santamaría significa mucho, no solo para la tauromaquia sino para las libertades individuales de cada persona. Creo firmemente en ese ejercicio de libertad y que nadie debería coartar por intereses, gustos o placer esa libertad de elegir al ciudadano lo que quiere ver o no. Por lo tanto, es motivo de felicidad. Ojalá podamos estar pronto haciendo el paseíllo en esta emblemática plaza y haciendo disfrutar a esta afición tan distinguida. 



**“YO NUNCA VOY A DEBATIR QUE A ALGUIEN NO LE GUSTEN LOS TOROS. ES ABSURDO. ES COMO DISCUTIR SOBRE SI TE GUSTAN LOS BEATLES. O TE GUSTAN O NO”.**